

La ética contada con sencillez

Autor: Javier Sádaba Garay
Editorial Maeva, Madrid, 163 páginas, 2004

Javier Sádaba, el autor, es catedrático de Ética en la Universidad Autónoma de Madrid. Estudió en la Universidad Pontificia Comillas y en Roma e hizo su doctorado en Tübingen. Ha enseñado en las universidades de Columbia (Nueva York), Oxford y Cambridge. El presente libro es el último de los 24 que ha publicado. Otros títulos suyos son *Saber vivir*, *El amor contra la moral* y *Principios de Bioética Laica*.

I. El libro

La obra tiene un prólogo, cuatro capítulos y un apéndice sobre Bioética.

I.0 En el prólogo, el autor refuta las objeciones comunes que se hacen desde fuera de la disciplina, que él estudia, contra la moral.

La Ética:

- No es hipocresía, ni es una ficción.
- Sirve para ser feliz.
- Prueba que somos seres libres (diferentes del resto de los animales).
- Es posible establecer algunos principios morales que valen para todos y que no están relacionados con determinadas culturas. Un ejemplo es la Regla de Oro: “Todo lo que

queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos” (Mateo 7:12).

Mencionados el fariseísmo, el pesimismo trascendental, el determinismo y el relativismo moral, el prólogo aborda los problemas internos de la ética: la bondad, el deber, la felicidad, los valores y el contenido de una palabra que el autor escribe pocas veces: la metaética.

Todo el libro, una y otra vez, nos habla de las nieblas y oscuridades que rodean esta materia. El autor no las niega, ni nos engaña al quejarse continuamente de la brevedad y simplificación a que se ve obligado. Curiosamente, el mismo autor, ya en la página 8, al hablar de los últimos “porqués” no aporta una respuesta (propia o ajena) que convenza a todos. Porque, para todos, no la hay.

I.1 El capítulo primero lo dedica a la terminología y a explicar lo que es el lenguaje moral.

¿Qué lenguaje usamos al hablar de ética o de moral? El instrumento más poderoso de que disponemos es lo que se llama “doble articulación”: aislamos un sujeto (por ejemplo, Pedro) y le asignamos una o varias propiedades (como, “es alemán”). Así, articulando, podemos combinar infinitamente las palabras, crear ciencia, superar el tiempo, deliberar y decidir que algunas cosas sean como son o de otra manera.

Sádaba cita al psicólogo Karl Bühler (1879-1963) al exponer las tres funciones del lenguaje:

- Informar sobre datos (Función referencial).
- Expresar los que sentimos (Función expresiva).
- Dar instrucciones (Función conativa).

La ética normativa participa más en esta tercera función porque la obligación es el núcleo de la moral. Si Sádaba prevé que se le va a acusar de haber simplificado en exceso, el autor de ese comentario ha previsto la misma acusación, muy aumentada. La lectura reposada del libro es insustituible.

De los mandatos y del proceso que hay que seguir hasta formularlos (lógica deóntica) se pasa a la expresión de las emociones (página 36) y a su nivel más alto que son los sentimientos: “Si no me siento un miembro de la comunidad en que me encuentro... difícilmente seré moral”.

1.2 El capítulo segundo trata de la estructura de la moralidad. Entre las páginas 67 y 79 queda planteado un problema que preocupa al autor: ¿Cómo conciliar el deontologismo con el utilitarismo? Porque el resto de las teorías –sobre todo las basadas en la religión, no siendo Sádaba sospechoso de ateísmo– han quedado blanqueando las cunetas de los caminos filosóficos. Dice Sádaba: “Nuestras inclinaciones son tanto utilitaristas como deontologistas” (página 79). ¿Cómo conciliar ambas teorías, la consecuencialista, con la del imperativo categórico previo? He aquí el itinerario por el que Sádaba nos lleva de la mano:

1º Empezar a partir de Kant (página 80).

2º Admitir que Kant no resuelve los conflictos entre los deberes más exigentes (los que nos pide el sentido común) y los deberes derivados del imperativo absoluto e incondicional.

Lo peor no es que Kant deje sin resolver dichos conflictos, sino que los resuelve mal. Kant habla de los mandatos incondicionados, al decir que no se puede mentir nunca, sin excepción alguna, (“Engaño e ilusión”, folleto de Kant publicado en 1777), ni tampoco, de ningún modo, torturar a un niño por placer (página 128). Si se mezclasen ambos casos (tortura y mentira), Sádaba concluye con rectitud: “Los aguerridos valedores de la incondicionalidad moral cometen un grave error” (página 129). Lo ha probado antes: “Se trataría, en consecuencia, de un deber formal que abarca cualquier situación. Y así, si guardo a un pobre niño en mi casa y si sus enloquecidos perseguidores lo buscan para maltratarlo, tengo que decirles la verdad lisa y llana, si me la preguntan (páginas 128 y 129)”.

3º Aceptar que hay que contemplar la acción ética “en todo su recorrido sin quedarse en uno u otro extremo; ...una buena acción incluirá desde el principio, y en lo posible, las previsibles consecuencias” (página 81).

4º En resumen: hay que ser deontologistas, pero sin olvidar nunca la eficacia concreta utilitarista.

Con esto Sádaba se da cuenta que ha planteado bien el problema, pero que no existe una solución fácil y que hay que avanzar por el capítulo 3º que se titula “Ética y Política”.

I.3 La conclusión del capítulo tercero sería que ni John Rawls ni otros autores de finales del siglo XX como Ernst Tugendhat y David Gauthier resuelven el dilema entre utilitarismo y deontologismo. Así:

- Ernst Tugendhat (n.1930) para quien la moralidad es personalidad equilibrada (páginas 80 y 91).
- El canadiense David Gauthier (n.1932): “La moralidad se basa en un pacto que tiene por objeto el propio interés a largo plazo”

El libro, antes de dedicar a John Rawls las páginas 111 a 117, se ocupa de algo que ya enunció Aristóteles: la fuerte conexión entre Ética y Política. En palabras de Sádaba: “...el mundo político reflejará las dos teorías morales antes expuestas y, de modo especial, las dos más decisivas: el utilitarismo y el deontologismo” (página 83). Sádaba reconoce haber tomado alguna de sus clasificaciones del italiano Norberto Bobbio (1909-2004): “Una democracia liberal constitucionalista es la única y legítima forma de gobierno”.

Las tres posiciones que pueden adoptar entre sí la Ética y la Política son:

1.0.1. Ética y Política son lo mismo.

Basta con la Ética, pues ésta absorbe lo político. Todo, en fin, sería moral (página 85).

1.0.2. Todo es posible en Política. Al ser la Política algo público y objetivo (mientras que la Ética vive en el mundo de lo privado), lo único que queda es la Política (páginas 86 a 88).

1.0.3. Hay que moralizar la Política. “No se trata de defender un deontologismo de convento ni de condenar (dentro de los muchos utilitarismos) el núcleo racional que sería insensato olvidar” (página 93).

El libro pasa al tema de la justicia distributiva. Hay que dejar de lado la traducción latina hecha por Ulpiano del texto de Platón “*Dare suum cuique*” y avanzar hacia “dar a cada uno lo que le corresponde”. No hay sólo derechos y deberes: hay derechos, deberes y necesidades ... de otros, los más necesitados (página 96).

Se inserta en esta parte del libro un interludio matemático, tomado de la teoría de juegos no cooperativos. Se menciona al matemático Alberto Tucker, que popularizó el dilema del prisionero. Se trata de un caso imaginario: “A dos presos aislados se les presentan separadamente varios castigos posibles según callen o acusen al otro preso. Si ambos aceptasen una propuesta basada en el interés personal (aparentemente racional), los dos acabarían peor que si actuaran de manera irracional y cooperasen con desprendimiento¹.”

¹ Diccionario de Filosofía (2001), Editorial Océano, Barcelona, página 186.

Pues bien, después de exponer suficientemente la teoría de la justicia social de Rawls, Sádaba concluye que dicha colaboración imaginaria de los prisioneros confrontados con el dilema, tampoco concilia el deontologismo con el utilitarismo. A juicio del autor de este libro, Rawls quiere formular tres principios a los que llega porque quiere hacer permisible (con unos retoques) la sociedad en la que ya vivimos. Y no es así por donde hay que empezar. Otra objeción que pone Sádaba contra Rawls es la del velo de la ignorancia (velo, por otra parte, que ya nos ciega a todos dado que no conocemos el futuro), pues sólo con ese velo ideado por Rawls, las personas que elaboran los tres principios serían deontologistas.

I.4 El cuarto capítulo del libro contesta a la pregunta práctica: ¿Por qué debe uno ser moral?

La justificación de la moral desde la religión (página 124) ha sido sometida a muchas objeciones serias. El ataque más antiguo viene del mismo Platón, que pone en boca de Sócrates una profunda pregunta al ingenuo Eutifrón, en el diálogo del mismo nombre: “¿Quieren los dioses algo porque es bueno o algo es bueno porque los dioses lo quieren?”

Verdaderamente hay muchas religiones, y hay también muchas descripciones de “cómo es Dios” (o los dioses). Los comportamientos de creyentes y no creyentes son bastante semejantes. Y el hecho de que Dios no pueda mandar hacer el mal (torturar a un niño inocente, por ejemplo) no disminuye su omnipotencia.

¿Cuál es, entonces, la mejor fundamentación de la moral?

Las teorías “minimorales”, en palabras de Sádaba, dan por supuesta la universalidad de los derechos, deberes y necesidades de todos. Estas teorías no abordan la moral en lo que tiene de compromiso mutuo entre las personas, sino sólo como relación externa entre los individuos.

Si se pasa desde las teorías minimorales que se reducen a coordinar los intereses de los agentes sociales hasta una teoría exigente que:

- Nos pida luchar contra la miseria.
- Sacrificarnos por los demás.
- Ser altruistas y ceder cuando podríamos vencer. ¿No estamos hablando de heroísmo más que de moral?

El tipo de moral por el que nos decidamos depende de:

- Qué persona queremos ser.
- Cómo nos comprendemos a nosotros mismos,
- Cómo nos medimos con los otros como parte de una comunidad comprometida con el respeto a todos.

Pero para que la voluntad de ser buenas personas sea un acto humano, no puede separarse de las razones. Y las razones son que una moral más exigente:

- Nos hace más humanos.
- Nos da unos valores que de otro modo no tendríamos.
- Nos da más felicidad y más satisfacción de conciencia.

Todo, dentro de nuestra limitación. Porque la limitación, según el teólogo jesuita Francisco Suárez (1548-1617) es la esencia de la *creatura*. En palabras de Sádaba (página 130): “La incertidumbre que rodea la vida normal es constitutiva nuestra”.

Esta racionalización es propia de nuestra cultura occidental (heredada de la griega clásica y de la judeo-cristiana). Respetando, en lo posible, eso sí, a las demás culturas, lo que no significa tener los ojos vendados, ni con velos de la ignorancia ni con nada.

I.5 La historia de la Bioética (leída con prevención y entusiasmo) tiene ya

casi un siglo. Desde los cuatro principios² de Beauchamps y Childress (1978) –autonomía, justicia, beneficencia y lucha contra el dolor– los problemas concretos han variado tanto últimamente que lo único sensato es aceptarlos de frente con fina responsabilidad.

II. Comentario elogioso

La ética es inteligible, pero sería y muy difícil. El libro no está dirigido a niños, sino que requiere una cultura previa. La aparente llaneza del lenguaje no engaña a nadie, por lo que se recomienda vivamente su estudio.

Antonio M. Arroyo

² Beauchamps, Tom L. y Childress James F. (1983): *Principles of Biomedical Ethics*, 2ª edición, Oxford University Press, Nueva York, 364 páginas.